

REVISTA ESPIRITISTA.

Año VII. | SALE UNA VEZ AL MES. | Núm. 6.

ALICANTE 20 DE JUNIO DE 1878

MANIFESTACIONES DE LOS ESPIRITUS.

CARACTER Y CONSECUENCIAS RELIGIOSAS DE LAS MANIFESTACIONES ESCRITAS.

(Obras Póstumas.)

1. Las almas ó espíritus de los que han vivido constituyen el mundo invisible que puebla el espacio en medio del cual vivimos; de esto resulta que desde que hay hombres hay Espíritus y que si estos últimos tienen el poder de manifestarse, han debido hacerlo en todas las épocas. Esto es lo que testifican la historia y las religiones de todos los pueblos. Sin embargo, en estos últimos tiempos, las manifestaciones de los Espíritus han tenido un grande desarrollo y han adquirido un mayor carácter de autenticidad, porque estaba en los designios de la Providencia poner un término á la llaga de la incredulidad y del materialismo por pruebas evidentes, permitiendo á los que han dejado la tierra venir á certificar su existencia, y revelarnos su situacion dichosa ó desgraciada.

2. Y viendo el mundo visible en medio del mundo invisible, con el cual está en contacto perpétuo, resulta de ahí que reaccionan incesantemente el uno sobre el otro. Esta relacion es la fuente de una multitud de fenómenos que han sido vistos como sobrenaturales, por no ser conocidas sus causas.

La accion del mundo invisible sobre el visible, y recíprocamente, es una de las leyes, una de las fuerzas de la naturaleza, tan necesária á la armonía universal como la ley de atraccion; si llegara á cesar, seria turbada la armonía, como en un mecanismo en que se suprime una rueda. Esta accion está fundada en una ley de la naturaleza; es decir, que todos los fenómenos que produce, nada tienen de sobrenaturales. No han aparecido como tales sino porque no se conocia la causa; así ha sucedido con ciertos efectos de electricidad, de la luz, etc.

3. Todas las religiones tienen por base la existencia de Dios; por fin, el porvenir del hombre despues de la muerte. Este porvenir que es para el hombre de un interés capital, está necesariamente ligado á la existencia del mundo invisible; tambien el conocimiento de este mundo ha sido en todos tiempos, el objeto de sus investigaciones y de sus preocupaciones. Su atencion ha sido naturalmente llevada á los fenómenos que tendian á probar la existencia de ese mundo, y no les tenia mas concluyentes que los de la manifestacion de los Espíritus, por las cuales los habitantes mismos de ese mundo revelaban su existencia; por esto es que tales fenómenos han venido á ser la base de la mayor parte de los dogmas de todas las religiones.

4. El hombre ha tenido instintivamente la intuicion de una potencia superior y ha sido conducido en todos tiempos, á atribuir á la accion *directa* de este poder los fenómenos cuya causa le era desconocida, y que pasaban á sus ojos por prodigios y efectos

sobrenaturales. Esta tendencia es considerada por los incrédulos como la consecuencia del amor del hombre por lo maravilloso, pero no buscan el orígen de este amor maravilloso, que está muy sencillamente en la intuicion mal definida de un órden de cosas extra-corporal. Con el progreso de la ciencia y el conocimiento de las leyes de la naturaleza, estos fenómenos han pasado poco á poco del dominio de lo maravilloso al de los efectos naturales, de tal modo, que lo que parecia antiguamente sobrenatural no lo es hoy, y que lo que es hoy, no lo será mañana.

Estos fenómenos dependiendo de la manifestacion de los Espíritus, por su misma naturaleza han debido proporcionar un gran contingente á los hechos reputados como maravillosos, pero debe llegar un tiempo en que la ley que los rige siendo conocida, entren como los otros, en el órden de los hechos naturales. Este tiempo ha llegado y el Espiritismo, haciendo conocer esta ley, dá la clave de la mayor parte de los pasajes desconocidos de las Escrituras que aluden á esto, y de los hechos mirados como milagrosos.

5. El carácter del hecho milagroso es de ser insólito y escepcional; es una derogacion á las leyes de la naturaleza; desde que un fenómeno se produce en condiciones idénticas queda sometido á una ley, y no es milagroso. Esta ley puede ser desconocida, pero no deja de existir por eso; el tiempo se encarga de hacerla conocer.

El movimiento del Sol, ó mejor dicho de la tierra, contenido por Josué, seria un verdadero milagro, porque importaria una derogacion manifiesta de la ley que rige el movimiento de los astros; pero si el hecho pudiera producirse en condiciones dadas, seria sometido á una ley, y dejaria por consiguiente de ser milagroso.

6. No tiene justicia la Iglesia al espantarse porque se restrinja el círculo de los hechos milagrosos, porque Dios prueba mejor su grandeza y su poder por el admirable conjunto de sus leyes, que por algunas infracciones á estas mismas leyes, y esto tanto mas, cuanto que se atribuye al demonio el poder de hacer prodigios, lo que implicaria que el demonio podia interrumpir el curso de las leyes divinas, seria tan poderoso como Dios. Atreverse á decir que el Espíritu del mal puede suspender la accion de las leyes de Dios, es una blasfemia, un sacrilegio.

La religion, lejos de perder su autoridad con que los hechos reputados milagrosos pasen al órden de los hechos naturales, no puede menos que ganar en ello; desde luego porque si un hecho es injustamente reputado milagroso, este es un error, y la religion no puede menos que perder en apoyarse en un error, si sobre todo, ella se obstina en mirar como un milagro lo que no es; en segundo lugar, porque muchas personas no admiten la posibilidad de los milagros y niegan los hechos reputados milagrosos, y por consiguiente, la religion que se apoya sobre estos hechos; si por el contrario, su posibilidad es demostrada como consecuencia de las leyes naturales ya que no hay lugar á rechazarlos, como tampoco á la religion que los proclama.

7. Los hechos certificados por la ciencia de una manera perentoria, no pueden ser invalidados por ninguna creencia religiosa contraria. La religion no puede menos que ganar en autoridad siguiendo el progreso de los conocimientos científicos, y perder quedándose atrasada ó protestando contra estos mismos conocimientos en nombre de los dogmas, porque ningun dogma podrá prevalecer contra las leyes de la naturaleza ni anularlos, un dogma fundado sobre la negacion de una ley de la naturaleza, no puede ser la espresion de la verdad.

El Espiritismo fundado en el conocimiento de leyes no comprendidas hasta hoy, no viene á destruir los hechos religiosos, sinó á sancionarlos dándoles una explicacion racional; el Espiritismo no viene á destruir mas que las falsas consecuencias que han sido deducidas por consecuencia de la ignorancia de éstas leyes ó de su errada interpretacion.

8. La ignorancia de las leyes de la naturaleza, llevando al hombre á buscar causas fantásticas, á los fenómenos, que no com-

prende, es la fuente de las ideas supersticiosas, de las que algunas, son debidas á los fenómenos espíritas mal comprendidos: el conocimiento de las leyes que rigen los fenómenos, destruye esas ideas supersticiosas trayéndolas á la realidad, y demostrando el límite de lo posible y de lo imposible.

El perispíritu, principio de las manifestaciones.

9. Los Espíritus, como se ha dicho, tienen un cuerpo fluídico al cual se da el nombre de *perispíritu*. Su sustancia es tomada en el fluido universal ó cósmico que lo forma y lo alimenta, como el aire forma y alimenta el cuerpo material del hombre. El perispíritu es mas ó menos etéreo segun los mundos, y segun el grado de purificacion del Espíritu. En los mundos y en los Espíritus inferiores, su naturaleza es mas grosera y se aproxima mas á la materia bruta.

10. En la encarnacion el Espíritu conserva su perispíritu; el cuerpo no es para él mas que una segunda envoltura mas grosera, mas resistente, apropiada á las funciones que debe desempeñar, y del cual se despoja en la muerte.

El perispíritu es intermediario entre el Espíritu y el cuerpo; este es órgano de trasmision de todas las sensaciones. Para las que vienen del exterior, puede decirse que el cuerpo recibe la impresion; el periespíritu la trasmite, y el Espíritu, el sér sensible é inteligente la recibe; cuando el acto parte de la iniciativa del Espíritu, puede decirse que el Espíritu quiere, que el perispíritu trasmite y que el cuerpo ejecuta.

11. El perispíritu, no está encerrado en los límites del cuerpo como en una caja; por su naturaleza fluídica es expansible, irradia hácia afuera y forma en derredor del cuerpo una especie de atmósfera que el pensamiento y la fuerza de voluntad pueden estender mas ó menos; de lo que se sigue que las personas que no están en contacto corporalmente, pueden estarlo por su perispíritu y trasmitirse inconscientemente sus impresiones, algunas veces aun la intuicion de sus pensamientos.

12. El perispíritu siendo uno de los elementos constitutivos del hombre, hace importante papel en todos los fenómenos psicológicos y hasta cierto punto en los fisiológicos y patológicos. Cuando las ciencias medicales tengan cuenta de la influencia del elemento espiritual en la economía, habrán dado un gran paso y nuevos horizontes se abrirán ante ellas, muchas causas de enfermedades serán entonces explicadas y poderosos medios de combatirla serán encontrados.

13. Por medio del perispíritu los Espíritus obran sobre la materia inerte y producen los diferentes fenómenos de las manifestaciones. Su Naturaleza etérea no podia ser un obstáculo, puesto que se sabe que los mas poderosos motores, se encuentran en los fluidos mas rarificados y en los imponderables. No hay pues motivo para asombrarse de ver con la ayuda de esta palanca á los Espíritus producir ciertos efectos físicos, tales como golpes y ruidos de todas especies, levantar objetos, trasportarlos ó arrojarlos por el aire ó suspenderlos en el espacio. Ninguna necesidad hay para explicarse esto, de ocurrir á lo maravilloso ó á los efectos sobrenaturales.

14. Los Espíritus obrando sobre la materia pueden manifestarse de muchas maneras diferentes: por efectos físicos tales como los ruidos y los movimientos de objetos; por la trasmision del pensamiento, por la vista, el oido, la palabra, el tacto, la escritura, el dibujo, la música, etc., en una palabra, por todos los medios que pueden servir á ponerlos en relacion con los hombres.

15. Las manifestaciones de los Espíritus pueden ser espontáneas ó provocadas. Las primeras tienen lugar inesperadamente y de improviso; estas se producen á menudo en las personas más extrañas á las ideas espiritas. En ciertos casos y bajo el imperio de ciertas circunstancias las manifestaciones pueden ser provocadas por la voluntad bajo la influencia de las personas dotadas á este efecto de facultades especiales.

Las manifestaciones espontáneas han tenido lugar en todas las épocas y en todos

los paises; el medio de provocarlas era ciertamente muy conocido de antigüedad, pero era el privilegio de ciertas castas que no lo revelaban sino á muy raros iniciados, bajo condiciones rigurosas, ocultándolo al vulgo á fin de dominarlo por el prestigio de un poder oculto. El, sin embargo, se ha perpetrado á través de las edades hasta nuestros dias en algunos individuos, pero casi siempre desfigurado por la supersticion ó mezclado á prácticas ridículas la mágia, lo que ha contribuido á desacreditarlo. Esto no habia sido hasta entonces mas que gérmenes arrojados aqui y allá; la Providencia habia reservado á nuestra época el conocimiento completo de la vulgarizacion de estos fenómenos, para despojarlos de sus malas mezclas y hacerlos servir para el mejoramiento de la humanidad, madura hoy para comprenderlos y deducir consecuencias de ellos.

(*De La Ilustracion Espirita.* Méjico.)

CARTAS DE LAVATER.

(*Continuacion.*)

CARTA SEGUNDA.

Las necesidades que siente el espíritu humano durante *su destierro en el cuerpo material, continúa sintiéndolas despues que lo ha abandonado.* La felicidad consistirá en la posibilidad de satisfacer sus necesidabes espirituales; su condenacion en la imposibilidad de satisfacer sus apetitos carnales, en un mundo menos material.

Las necesidades no satisfechas constituyen la condenacion; su satisfaccion constituye la felicidad suprema.

Yo quisiera decir á cada hombre: analiza la naturaleza de tus necesidades; dáles su verdadero nombre; pregúntate despues: ¿Son estas necesidades admisibles en un mundo menos material? ¿Pueden hallar en él su legítima satisfaccion? Y si verdaderamente pudieran ser satisfechas ¿serian esas necesidades de aquellas, que un espíritu inmortal puede tener y confesar honrosamente, y desear su satisfaccion sin sentir una profunda vergüenza ante los otros séres intelectuales é inmortales como él?

La necesidad que prueba el alma de satisfacer las aspiraciones espirituales de otras almas inmortales, de procurarles los puros goces de la vida, de inspirarle la seguridad de la continuacion de su existencia despues de la muerte, de cooperar por este medio, al gran plan de la Sabiduria y del Amor supremo, el progreso adquirido por esta noble actividad, tan digna del hombre, así como el deseo desinteresado del bien, dan á las almas humanas la aptitud y el derecho de ser recibidas en los grupos de los círculos de espíritus mas elevados, mas puros, mas santos.

Cuando nosotros tenemos, ¡oh mi venerada Emperatriz! la íntima persuasion de que la necesidad mas natural que pueda nacer en un alma inmortal, la necesidad de acercarse cada vez mas á Dios, y de asemejarnos al Padre invisible de todas las criaturas: cuando esta necesidad ha llegado á ser predominante en nosotros, ¡oh! entónces no debemos sentir el menor temor respecto á nuestro porvenir, cuando la muerte nos haya desembarazado de nuestro cuerpo, de este muro espeso que nos oculta á Dios. Este cuerpo material que nos separa de él será descompuesto, y el velo que nos impedia la vista del mas Santo de los Santos será rasgado. El Sér adorable á quien amábamos sobre todas las cosas, con todas sus gracias esplendorosas, tendrá entónces libre entrada en nuestra alma sedienta de él, recibiéndole con alegria y amor.

Tan pronto como el amor sin límites por Dios será el primero en nuestra alma, por efecto de los esfuerzos que habrá hecho para acercársele y asemejársele en su amor vivificante de la humanidad, por todos los medios que estén en su poder, esta alma, desembarazada de su cuerpo, pasando sucesivamente por muchos grados para perfeccionarse cada vez mas, subirá con velocidad maravillosa hácia el objeto de su mas profunda veneracion y de su amor ilimitado,

hácia el manantial inagotable y solo capaz de satisfacer todas sus necesidades y aspiraciones.

Ningun ojo débil, enfermo ó cubierto por un velo, se halla en estado de poder mirar al sol de frente, del propio modo, ningun espíritu impuro, envuelto en la niebla material, formada por una vida exclusivamente material, aun en el momento de su separacion del cuerpo, no estaria en estado de soportar la vista del mas puro sol de los espíritus, en su luz esplendorosa; de ese foco, de que parten oleadas de luz y de sentimiento infinito, que penetran por todos los ámbitos de la creacion.

¿Quién mejor que vos, señora, sabe que los buenos no son atraidos sino por los buenos? Que solo las almas elevadas saben gozar de la presencia de otras almas delicadas. El hombre conocedor de la vida y de los hombres, el hombre de mundo que se ha visto muchas veces obligado á encontrarse en la sociedad de esos aduladores poco decentes, afeminados, faltos de carácter, presurosos siempre á hacer resaltar y valer la palabra mas insignificante, la menor alusion de aquellos de quienes mendigan el favor; ó bien de esos hipócritas, que buscan con cuidado el modo de penetrar astutamente los pensamientos de los otros para interpretarlos despues en un sentido contrario al que tienen, ese hombre superior, digo, debe saber cómo y cuánto esas almas viles y esclavas se hallan súbitamente cortadas y traspasadas por una simple palabra pronunciada con firmeza y dignidad, y confundidas ante una mirada severa, que les hace sentir profundamente que se les conoce y se les juzga en lo que valen. ¡Cuán penoso se les hace entónces el soportar la presencia de un hombre honrado! Ningun alma torba é hipócrita puede ser dichosa por el contacto de otra alma proba y enérgica que la penetra. El alma impura que ha abandonado su cuerpo, debe, segun su naturaleza íntima, como empujada por una potencia oculta é invencible, huir la presencia de todo ser puro y luminoso para ocultarle, en cuanto pueda, sus muchas imperfecciones, que no está en estado de ocultarse á sí misma ni á las demás.

Aun cuando no estuviera ya escrito «Nadie, sin, sin estar purificado podrá ver al Señor,» esta idsa estaria en el órden natural de las cosas. Un alma impura se encuentra en la imposibilidad absoluta de entrar en relaciones con un alma pura, ni de sentir por ella la menor simpatía. Un alma, á quien amedrenta la luz, no puede por la misma razon, ser atraida por el manantial de luz. La claridad sin mezcla alguna de tinieblas debe abrasarla, como un fuego devorador.

Y cuáles son las almas, señora, que nosotros llamamos impuras? Yo creo que son aquellas, en quienes el deseo de purificarse, de corregirse y perfeccionarse no ha reinado nunca. Creo que son aquellas, que no se han sometido jamás al elevado principio del desinterés, aquellas, que se han designado á sí mismas como centro único de todos sus deseos y todas las ideas, aquellas que se consideran como el objeto de todo lo que existe fuera de ellas, y que solo buscan el medio de satisfacer sus pasiones y sus sentidos, aquellas en fin, en quienes dominan el egoismo, el orgullo el amor propio y el interés personal, y quieren servir simultáneamente á dos señores, que se contradicen.

Semenjantes almas deben encontrarse, segun mi opinion, despues de su separacion del cuerpo, en el miserable estado de una horrible contemplacion de si mismas, ó lo que es lo mismo, sintiendo un profundo desprecio de si propias; y ser arrastradas por una fuerza irresistible hácia la afrentosa sociedad de otras almas egoistas.

El egoismo, pues, es el que produce la impureza del alma y el que la hace sufrir, y está combatiendo en las almas humanas por alguna cosa que le es contraria, que tiene algo de puro y de divino, por el sentimiento moral. Sin este sentimiento, el hombre es incapaz de goce alguno moral, de estimacion ni de desprecio de si mismo, de esperanza ni temor de la vida futura. Esta luz divina es la que le hace insoportable toda oscuridad que el hombre des-

cubre en sí; es la razon porque las almas delicadas, que poseen el sentido moral, sufren más cruelmente, cuando se apodera de ellas y las subyuga el egoismo.

De la concordancia y de la armonia que subsisten en el hombre, entre el mismo y su ley interior, dependen su pureza, su aptitud para recibir la luz, su dicha, su cielo, su Dios. Su Dios le parece en su semejanza con el mismo. A aquel que sabe amar, Dios se le aparece como el supremo amor, bajo mil formas amantes. Su grado de felicidad y su aptitud para ser dichosos á los demás son proporcionados al principio de amor que reina en él. El que ama con desinterés permanece en armonia incesante con el manantial de todo amor, y con todos los que beben en él.

Procuremos pues, señora, conservar en nosotros el amor en toda su pureza, y seremos siempre atraidos por él hácia las almas más amantes. Purifíquenos cada dia mas de las manchas del egoismo, y entonces, aunque debiéramos abandonar este mundo hoy mismo ó mañana, devolviendo á la tierra nuestra envoltura mortal, nuestra alma tomará su vuelo con la velocidad del relámpago hácia el modelo de todos los que aman, y se reunirá á ellos con una dicha inesplicable.

Ninguno de nosotros puede saber cual será la suerte de su alma, despues de la separacion del cuerpo, y sin embargo, yo estoy plenamente persuadido que el amor purificado debe necesariamiente dar á nuestro espíritu, rotas las cadenas de la materia, una existencia céntuple, un goce contínuo de Dios, y un poder ilimitado para hacer dichosos á todos aquellos que son aptos para gastar la felicidad.

Oh! cuan incomparable es la libertad moral del espíritu despojado del cuerpo! Con qué ligereza el alma del ser amante rodeada de esplendorosa luz efectúa su ascension. La ciencia y poder de comunicar con los demás son su patrimonio! Qué luz arroja de sí mismo! Qué vida anima todos los átomos de que está formada! Oleadas de goces se lanzan de todas partes á su encuentro para satisfacer sus necesidades las mas puras y elevadas! Legiones numerosas de séres amantes le tienden los brazos! Coros sin fin de voces armoniosas radiantes de amor y de alegría le dicen: Espíritu de nuestro espíritu! Corazon de nuestro corazon! Amor salido de la fuente de todo amor! Alma Amante, tú nos perteneces y nosotros somos tuyos! Cada uno de nosotros! te pertenece, y tu perteneces á cada uno de nosotros! Dios es amor y Dios es nuestro. Nosotros estamos llenos de la Divinidad y el amor encuentra su felicidad en la felicidad de todos.

Deseo ardientemente, mi venerada Emperatriz, que vos, y vuestro noble y generoso esposo el Emperador, tan inclinados uno y otro al bien, y yo con vos, podamos todos no ser nunca extraños al amor, que es Dios y Hombre á la vez; que nos sea concedido formarnos para las dichas del amor por nuestras obras, nuestras oraciones y nuestros sufrimientos, acercándonos cada vez mas á Aquel que se dejó elevar sobre la cruz del Gólgota.

Zurich el 18.—VIII.—1798.—*Juan Gaspar Lavater.*

(La tercera carta la recibireis pronto, si Dios lo permite).

TERCERA CARTA.

Mi venerada Emperatriz:

La suerte exterior de cada alma despojada de su cuerpo responderá á su estado interior, es decir: que todo le parecerá tal como ella es en sí misma. Al alma buena todo le parecerá bien; y el mal no aparecerá sino á las almas de los perversos. Las naturalezas amantes rodearán al alma amante; el alma rencorosa atraerá hácia ella las naturalezas rencorosas. Cada alma se verá reflejada en los espíritus que se le asemejan. El bueno será mejor y será admitido en los círculos de séres superiores á él. El santo se hará mas santo por la sola contemplacion de espíritus mas puros y santos que él; el espíritu amante se hará mas amante todavía; tambien así, el perverso se hará peor por el

solo contacto con otros séres de sus inclinaciones. Si ya en la tierra nada hay mas contagioso y arrastrador que la virtud y el vicio, que el amor y el ódio: del propio modo mas allá de la tumba, toda perfeccion moral y religiosa, y todo sentimiento inmoral é irreligioso, deben necesariamente hacerse cada vez arrastradores y contagiosos.

Vos, virtuosa Emperatriz, vos sereis todo amor en el círculo de las almas benévolas.

En cuanto á mi, lo que haya quedado todavía en mi de egoismo, de amor propio, de falta de veemencia para dar á conocer el reino y los designios de Dios, quedará enteramente sumergido por el sentimiento de amor, si ha predominado en mi, y este amor se purificará mas y mas por la presencia y contacto de espíritus puros y amantes.

Purificados por el poder de nuestra aptitud para amar, ámpliamente ejercida aquí abajo; purificados todavía mas por el contacto é irradiacion de espíritus puros y elevados, nos iremos gradualmente preparando para resistir la vista directa del *Amor* mas perfecto para que no pueda Este deslumbrarnos ó impedirnos sus goces y sus delicias.

Yo creo, que al principio se aparecerá invisiblemente ó bajo una forma desconocida. No ha obrado siempre El de esta manera? Quién ha amado mas invisiblemente que Jesús? Quién mejor que El sabia representar la individualidad incomprensible de lo desconocido? Quién ha sabido mejor que El tomar las formas apropiadas. El, que podia hacerse conocer mejor que ningun mortal y que ningun espíritu inmortal. El, á quien adoran todos los cielos, vino bajo la forma de un modesto trabajador y conservó hasta la muerte la individualidad de un Nazareno. Aun despues de la Resurreccion apareció al principio bajo una forma desconocida, y no se dió á reconocer sino despues de las primeras impresiones. Yo creo, que conservará siempre este modo de accion tan análogo á su naturaleza, su sabiduría y su amor. Segun este pensamiento se explica su aparicion á María Magdalena bajo la forma de un jardinero, en los momentos en que ella le buscaba y desesperaba ya de encontrarle. No vé desde luego sino al jardinero, para reconocer despues bajo aquella forma al amante Jesús.

Tambien así bajo una forma desconocida, se acercó á dos de sus discípulos que marchaban á su lado influidos por él y aspirando hácia él: mucho tiempo viajaron así juntos, abrasándose sus corazones de una santa llama, sintiendo la presencia de algun sér puro y elevado, y sin reconocerle hasta el momento de partir el pan, y cuando la misma noche le volvieron á ver en Jerusalen. Lo propio tuvo lugar á las orillas del lago de Tiberiade, y cuando irradiando su deslumbradora gloria se apareció á Saul.

Como todas las acciones de nuestro Señor, todas sus palabras y todas sus revelaciones son sublimes y dramáticas.

Todo sigue una marcha incesante que, empujando siempre adelante, se acerca cada vez mas al objeto, que sin embargo no es el objeto final. Cristo es el héroe, el centro, el personaje principal, tan prónto visible como invisible, en ese gran drama de Dios, tan admirablemente sencillo y complicado á la vez, que no tendrá jamás fin, aunque parezca mil veces terminado. Siempre parece, al principio, desconocido en la existencia de cada uno de sus adoradores. ¿Cómo el amor podria rehusarse á aparecer al ser que le ama, justamente en el momento en que éste tiene mas necesidad de él?

¡Oh Tú! el mas humano de los hombres. Tú aparecerás á los hombres de la manera la mas humana. Tú aparecerás al alma amante á quien yo escribo. Tú me aparecerás tambien á mi, al principio, desconocido, y despues te harás conocer de nosotros. Te veremos una infinidad de veces, siempre diferente y siempre el mismo, siempre mas hermoso á medida que nuestra alma se mejorará, pero nunca por última vez.

Elevémonos con frecuencia hácia esta idea embriagadora, que yo procurararé, con la ayuda de Dios, esclarecer mas ámpliamente en mi próxima carta, y hacérosla compren-

sible, por medio de la comunicacion de un difunto.

LAVATER.

I.—IX.—1798.

CARTA CUARTA.

En mi última, venerable Emperatriz, he prometído enviaros la carta de un difunto. á un amigo suyo habitante de la Tierra; esta carta podrá, mejor que yo, haceros comprender mis ideas sobre el estado de un cristiano despues de la muerte de su cuerpo. Me tomo pues, la libertad de remitiros la adjunta. Juzgadla bajo el punto de vista que os he indicado, y tened la bondad de fijar vuestra atencion mas bien sobre el objeto principal, que sobre ciertos detalles particulares, aunque yo tengo razones poderosas para suponer que estos detalles encierran en si algo de verdad.

Para mayor inteligencia de las materias que me propongo seguir exponiendo, creo necesario haceros notar que tengo casi la certeza de que á pesar de la existencia de una ley general idéntica é inmutable de castigo y de felicidad suprema, cada espíritu segun su carácter individual, no solamente moral y religioso sino personal y oficial, tendrá sufrimientos que soportar despues de su muerte terrestre y gozará felicidades que no serán apropiadas sino á él solo. La ley general se individualizará para cada uno en particular, es decir, que producirá en cada uno un efecto diferente y personal así como un mismo rayo de luz atravesando un vidrio de color, cóncavo ó convexo, saca al salir de él en parte su color y su direccion. Yo desearia que fuese aceptado como principio que, aunque los espíritus todos, lo mismo los completamente felices, que los que no lo son tanto y los que están en sufrimientos se hallen bajo la sencilla ley de semejanza ó desemejanza con el mas perfecto amor, debe presumirse que e caracter sustancial, personal, individual, le constituye un estado de sufrimiento ó felicidad esencialmente diferente del estado de sufrimiento ó de felicidad de otro espíritu: cada uno sufre de una manera especial diferente del sufrimiento de otro, y siente goces que ningun otro puede sentir del propio modo que los siente él. A cada uno de los mundos material é inmaterial, Dios y Cristo, se presenta bajo una forma particular que no representa á nadie mas que á él. Cada uno tiene su punto de vista que le es propio. A cada espíritu Dios le habla una lengua que él solo comprende; á cada uno se comunica en particular y le concede goces que él sólo está en estado de probar y contener.

Esta idea, que considero como una verdad sirve de base á las siguientes comunicaciones dadas por espíritus desencarnados á sus amigos de la Tierra.

Mucho gusto tendria, señora, en que hubiéseis bien comprendido que cada hombre, por la formacion de su carárter individual y por el perfeccionamiento de su individualidad, puede prepararse los goces particulares y una felicidad apropiada á él solo.

Como nada se olvida tan pronto ni nada se busca con menos cuidado por los hombres que esta felicidad apropiada á cada individuo; aunque todos poseen la posibilidad de buscarla y gozarla, me tomo sin embargo la libertad, venerada Emperatriz, de rogaros con insistencia que os digneis analizar con atencion esta idea que ciertamente no podeis mirar como inútil para vuestra edificacion y elevacion hácia Dios. *Dios se ha colocado el mismo y ha colocado el Universo en el corazon de cada hombre.*

Todo hombre es un espejo particular del Universo y de su Creador. Hagamos, pues, todos nuestros esfuerzos para conservar este espejo tan puro como sea posible para que Dios pueda ver reflejados en él á El mismo y á su mil veces bellisima creacion.

JUAN GASPAR LAVATER.

Zurich, 14.—IX.—1798.

ECOS.

Sr. Director de LA REVELACION.

Hermano en creencias: Siguiendo la costumbre de participarle cuanto ocurra sobre espiritismo, si bien no tenemos grandes cosas que contarle, le diremos sencillamente las impresiones que hemos recibido en nuestras dos últimas escursiones.

La falta de salud nos obligó á marchar á Tarrasa para buscar en sus valles la parte de oxígeno que aquí nos falta, y la realidad superó á nuestras esperanzas, porque encontramos el alimento del cuerpo y el del alma.

El espíritu reposa cuando se vé rodeado de séres sencillos y buenos, y lentamente olvidamos nuestras penas y nuestros lábios sonrien, nuestros ojos hablan, nuestra frente se ilumina y nuestro pensamiento dá la bienvenida á una nueva era de amor y paz, y aunque por un momento nos apartemos de nuestro objeto principal, vamos á consagrar un recuerdo al valle donde hemos encontrado un momentáneo alivio á nuestros males.

Decia J. J. Rousseau que «Es una impre»sion general la que todos los hombres es»perimentan, aunque no la observen todos »ellos, cuando suben á las montañas en que »el aire es mas sútil y en donde hay mas »facilidad para respirar, se siente el cuerpo »mas ligero, y el espíritu mas sereno. En »esos sitios los deseos son menos ardientes »y las pasiones mas moderadas. Las medi»taciones se rodean de una tranquila vo»luptuosidad que no tiene nada de acre ni de »sensual. Parece que elevándose por cima »de la habitacion de los hombres, se dejan »en lo bajo los sentimientos ruines y terres»tres, y que á medida que estamos mas »próximos á las regiones etéreas, adquiere »nuestra alma algo de su inalterable pure»za. En ellas estamos graves sin estar me»lancólicos, apacibles sin estar indolentes, »contentos de vivir y pensar.»

Esto mismo que decia Rousseau de las montañas, lo aplicamos nosotros á la estancia en esos valles apartados, rodeados de montes y colinas donde parece que se apagan todos los ruidos de la vida fatigosa de las grandes ciudades. Hay en Tarrasa un lugar que un hermano nuestro lo bautizó muy oportunamente diciendo que aquel parage era EL VALLE DE LA FELICIDAD.

Nada mas cierto, allí la espléndida naturaleza derramó pródigamente sus innumerables encantos y una vida exhuberante se observa en sus árboles, en sus arbustos, en sus ribazos cubiertos de verdura, en la hiedra trepadora que se enlaza á los troncos de los plátanos y de los olmos, en la verde alfombra que tapiza el suelo en el aire purísimo que allí se respira, en el canto de los ruiseñores, en algo, en fin, indescriptible que habla elocuentemente al corazon.

Muchos sitios campestres hemos visitado, pero en ninguno hemos sentido lo que espe-rimentamos al entrar en el valle de la felicidad, que verdaderamente es un templo de la naturaleza, mas bello para nosotros que todas las catedrales del mundo.

En aquella iglesia, que tenia por cúpula la atmósfera, escuchamos la voz de un espíritu amigo y dimos gracias á Dios por habernos concedido algunas horas de paz y de santas emociones.

Los espíritas tarrasenses afortunadamente siguen la senda que todos debiamos seguir, por que aman á Dios sobre todas las cosas y la palabra *hermano* la comprenden en su verdadera acepcion; dichosos ellos que el adelanto de su espíritu les permite ese tan buen estado, y como prueba de su progreso vamos á referir á V. un sencillo episodio que demuestra lo que decimos.

Unos cuantos hermanos nos reunimos una tarde y fuimos á una casa de campo para gozar de esa dulce espansion que tanto necesita el alma. Sabido es que generalmente, los dias pasados al *aire libre* son dias de abuso y de alboroto, y con profundo placer observamos el modo tan distinto que tenian aquellos espíritas de divertirse. Hombres, mujeres y niños satisfacieron tranquilamente el natural apetito que se siente en el campo, y despues se reunieron todos al pié de

una encina centenaria, y uno de ellos con la cabeza descubierta pronunció una oracion verdaderamente conmovedora, dando gracias á Dios por haberles concedido salud y tiempo para entregarse á la contemplacion de los encantos de la naturaleza.

¡Momento solemne! Los últimos reflejos del sol teñian con fajas de púrpura el horizonte; una ligera niebla cubria como un velo de desposada las cumbres de las lejanas montañas, y las encinas seculares nos brindaban su ramage sombrio cual tienda hospitalaria de la creacion. Aquel templo y aquel culto es el único que admite nuestra razon.

Si envidiar la virtud es un crímen, nosotros nos confesamos criminales porque admiramos y envidiamos á aquellos humildes obreros de la viña del Señor «hijos de la verdad», «creyentes del porvenir», como les llamó un espíritu. ¡Dichosos ellos que trabajan continuamente en bien de la humanidad!

II.

Las horas de luz y de paz nos parecen mas breves, y volvimos á Gracia para asistir á una sesion espírita que se celebró en Horta el 30 de Mayo último, en una humilde casita levantada espresamente hace cuatro años para servir de punto de reunion á todos los espiritistas del mundo, que quieran ir á llamar á su puerta.

Como nosotros no miramos nunca en el presente, sinó en el porvenir, aquella sencillísima habitacion, pequeña, decorada pobremente, pero ostentando en sus paredes algunos versículos del evangelio, y como reglamento la sublime sentencia de Aristóteles, *Donde impera el amor todas las leyes sobran*, nos pareció magnífica aquella pobre casita porque en ella vimos la primera piedra de la fábrica grandiosa de la civilizacion, que en dia lejano (pero seguro) dará la luz á un pueblo que siente hoy *la rábia de las almas*, así llamaba Voltaire al fanatismo religioso y es admirable tal definicion.

Con una numerosa concurrencia se dió principio la sesion y se obtuvieron buenas comunicaciones parlantes, aconsejándonos en una de ellas que tuviéramos mas *espíritu* y menos *tierra*, porque el primero no se moria pero en algunas ocasiones se asfixiaba.

Todos los dias festivos escepto los domingos se seguirán celebrando sesiones matinales en aquel apartado lugar, donde unos cuantos espiritistas racionalistas quieren reanimar aquel centro y darle la vitalidad pérdida por las torpezas de los espiriteros que son la langosta del Espiritismo. ¿Conseguirán su objeto los espiritistas esencialistas? haciendo lo que hoy hacen cumplen fielmente con su obligacion y en prueba de que debemos trabajar, escuchemos lo que dice Melanshton en una de sus comunicaciones:

«Mas los Fariseos y los Saduceos habiéndose aproximado á Jesús le pidieron un milagro. Jesús se volvió hácia ellos y les dijo. Hipócritas. ¿No preveeis que hará buen tiempo cuando está el cielo claro?

«Hijos mios, la verdad es una agua clara á través de la cual se vé siempre el fondo, la verdad es el firmamento puro á través del cual aparecen todas las constelaciones que iluminan la bóveda celeste.

«Apóstoles y adeptos de la religion de la verdad, enseñad al mundo que las murallas jamás han detenido el vuelo del pensamiento, y que para llegar á Dios, Creador y Padre, el camino recto es la ley natural, la ciencia, la moralidad en su mas pura significacion.»

«Para fundar la doctrina que debe servir de apoyo á los espíritus de hoy, no hay necesidad de milagros, es necesario al contrario, que la ciencia con su escalpelo, pueda ojear todos los dogmas, todas las enseñanzas, todas las manifestaciones; es necesario que la razon pueda analizarlo todo, dilucidarlo todo ántes de aceptar nada.»

«Es necesario que cada espíritu tenga la posibilidad de empaparse en la verdad y en el saber, lo que puede llevar sin ser ofuscado, y que así, su fé espontánea, ilustrada y sencilla sea firme é inalterable.»

«Los fariseos y los saduceos querian probar un poder que estaban forzados á reconocer y que sabian realmente que era superior, pero lo que habian olvidado era que esta po-

tencia leia en los pensamientos y veia en el fondo de los corazones.»

«Espíritas, se os vendrá á menudo á pedir milagros. A los que se dirijan á vosotros con tal objeto, hé aquí la respuesta que les dareis. Nosotros no explicamos fenómenos, ni producimos nada sobrenatural; imitadnos, estudiad, buscad, profundizad las leyes naturales, encontrad lo desconocido por lo conocido, buscad el por qué de todo lo que os parezca estraordinario, aproximaos á la verdad, forzadla de alguna manera por vuestro trabajo y por vuestra voluntad, y vosotros tendreis como nosotros la conviccion sincera de que todo es posible, de que todo es, que todo vive, que todo progresa y que todo está destinado á la vida superior, á la perfeccion.»

«Una voz mas potente y mas fuerte que las voces de la tierra se hace escuchar, por que la hora ha llegado en que todo progreso debe ser seguido de una gran moralidad. Despues del desmayo de las inteligencias el desmayo de las almas. Con la ciencia deben marchar á la par todas las virtudes que conducen al hombre á su verdadero fin.»

«Inútilmente la humanidad egoista procura no comprender, inútilmente quisiera con el ridículo matar una doctrina que encierra los elementos de la felicidad futura, no se detiene la marcha de un astro, no se puede estorbar las evoluciones del universo, no se puede marcar el alto al progreso.»

Espíritas! mi voz os grita hoy ¡valor! sosteneos, unios y marchad, llevad con vo otros todas las fuerzas que os comunicamos; dad á los hombres vuestros hermanos todo el amor de que sois capaces, sin disgusto y sin medida, vuestra adhesion y vuestro trabajo. ¡Dad vuestra vida por la justicia, la verdad y la paz; un dia la paz, la verdad y la justicia, serán vuestra recompensa.»

Estos sublimes consejos encuentran eco en los espiritistas que componen el círculo de la Buena Nueva, de Gracia, y todos procuran trabajar cada cual segun sus adelantos y conocimientos repitiendo con el espíritu de Egmont:

«Una vida no es nada, la vida es todo.»

Adios querido hermano salud y paz.

Amalia Domingo y Soler.

MORAL DEL ESPIRITISMO.

—

LA CARIDAD.

Ateridos de frio los decrépitos miembros, mal cubiertos de sucios girones, sin poder apenas sostener en sus manos descarnadas el báculo de su ancianidad, con mirada apagada por los años y la voz enflaquecida por el hambre, se llega á vuestras puertas el mendigo.

Vuestra primer palabra es el desaire.

El os pide una pequeñísima moneda para procurarse, no su pan, sino el pan de su familia, tal vez de algunos netezuelos huérfanos, de un hijo paralítico, de una mujer moribunda, porque hay justos á quienes prueba Dios hasta los últimos años de su vida, haciéndoles sobrevivir á todas las miserias de los que ama, y pecadores que purgan aquí en esta encarnacion sus miserias, viendo el sufrimiento revolar en torno suyo y acompañarle con obstinacion fatal en su peregrinacion miserable hasta el lindero mismo de la muerte.

Pero tú, nada sabes de aquel hermano, Justo ó pecador, solo miras en él un mendigo. El te pide tal vez con lágrimas en los ojos. Tu primer palabra, repito, suele ser un desaire.

—*Perdone, hermano!*

Suele ocurrir que el mendigo insista: entonces ves en él un importuno: y una de dos, ó le tratas con dureza, ó le das el óbolo que pide, para verte libre de él.

En el primer caso ódias á la humanidad: en el segundo la desprecias.

Aunque hayas, pues, alargado tu óbolo á la desgracia, has estado muy lejos de ser caritativo.

Pero doy por supuesto que á la primer súplica del miserable tu corazon se ha conmovido, y con mano generosa le has socorrido abundantemente.

Y quiero suponer mas: que hayas acompañado tu dádiva con palabras de consuelo. Que hayas introducido al mendigo en tu morada y héchole sentar á tu mesa, y aun mas, que le hayas preguntado sus desgracias y mezclado tus lágrimas con las suyas.

¿Habrás ejercido la caridad?

No; si alejado el mendigo ya no te acuerdas de que hay seres que gimen en el infortunio. No; si para que tu corazon se mueva á la piedad y al amor por el hermano que sufre, es preciso que el hermano venga á tí.

No: porque antes que la presencia de la desdicha, que el espectáculo del infortunio nos recuerde que nos debemos á la caridad, que estamos sometidos á la ley del amor, que vivimos dentro de una armonía social de fines y necesidades, armonía que no podemos romper ni olvidar sin cometer un crímen antes que la desgracia se nos presente, debemos ir á buscarla nosotros mismos.

No basta que el pedernal reciba el choque del eslabon para que se produzcan la chispa de fuego: es preciso que el fuego esté contenido como en su centro própio en las entrañas del pedernal.

No basta que la virtud se albergue en el fondo de las almas y con facilidad despierte al bien, si es menester despertarla. Es preciso que la virtud no duerma.

Ella es el fuego sagrado que debe arder sin debilitarse un punto en las aras del espíritu. Ella es la lámpara sagrada que nunca debe apagarse ante el santuario del corazon.

La conciencia es sacerdotiza que vela en el santuario: es la vestal encargada de no dejar apagarse la luz de está lámpara.

Si se descuida y la luz se extingue, la vestal es condenada á muerte. Cuando la virtud falta, la conciencia perece.

No dejemos que el fuego se apague ó debilite en nuestras almas: no aguardemos que la desgracia nos busque: busquemos á la desgracia.

¡Cuánto mas amarga no es la desgracia escondida y pudorosa que la que sale á la luz del dia!

No todos los harapos son signo irremisible de miseria.

Hay miserias tal vez mas crueles, ocultas bajo los bordados y las galas.

No solo hay lágrimas que enjugar en los ojos del humilde morador de la cabaña. Las hay mas amargas tal vez en los ojos del dueño de un palacio.

Pero hay miserias que no salen á la superficie. Tenemos que penetrar en las olas del fondo de los mares sociales, para tropezar con esas miserias.

No siempre el hermano que sufre nos busca. Es tan escasa la virtud en el mundo, tan pobre el interés, el amor, tan raquítica la caridad que está en moda, que ciertas almas de delicado sentimiento prefieren devorar su amargura en el rincon mas oscuro de su casa, es decir, desgarrarse á solas, sin que las almas que con ellas están en mas frecuente contacto, sin que ni aun la esposa, la madre ó los hijos, se aperciban, si es posible, á proferir una queja que revele su dolor.

Temen que aquel grito excite un reproche ó una carcajada; ó mas tal vez, que se pierda en el vacío.

¿Qué cosa mas horrible que implorar compasion ó auxilio en una situacion desesperada, ver que nos miran, saber que nos oyen, y contemplar como desfilan á nuestro lado múltitud de seres sin respondernos, sin alargarnos una mano protectora, sin dirigirnos tal vez mas que una fria mirada, que se vuelve á otro punto enseguida?

No inventó la fantasía del Dante mayor suplicio en su *infierno*: ni puede llegar á compararse con él el *¡Desespérate y muere!* del Ricardo III de Shakespeare.

La fantasía del primer poeta es impotente aun para representarse, cuanto mas para reproducir el sufrimiento de un alma sola.

Aun dejando aparte los infortunios de los que no aparecen como dichosos, penetremos en la vivienda del modesto hijo del trabajo, y veremos que no es la indigencia que se arrastra por las calles la verdadera indigencia siempre.

Como en esta suele haber explotacion,

aquella no se atreve á salir, y como aun muchas almas generosas creen que solo el que pide está necesitado, la verdadera indigencia, el verdadero dolor que debemos adivinar y buscar, pasa desapercibido.

De aqui los horrorosos dramas que se desenlazan en la sombra, lejos de la vista del público.

Poco tiempo hace, atravesaban uno de los puentes que ha echado Paris sobre el Sena, dos caballeros á las altas horas de la noche.

Eran dos médicos renombrados que volvian de una consulta en uno de los arrabales.

Protejido por la sombra de una de las casamata del puente, porque la luna brillaba en todo su esplendor, se movia un bulto.

Los caballeros no se apercibieron, ó aparentaron tranquilidad.

A su aproximacion á la casa-mata, un hombre saltó al medio del camino y les cortó el paso. Llevaba la diestra armada de un puñal.

Pidioles con voz enronquecida y entrecortada el dinero ó la vida.

Algo de estraño hubieron de notar en su agitacion. Los dos caballeros se consultaron con las miradas. El asaltante parecia sufrir una lucha violentísima consigo mismo. Se estremecia frecuentemente y no dirigia á ellos sus miradas, pero no les dejaba el paso.

Aquel hombre podia no ser criminal; tal vez era un demente.

Era preciso estudiarlo.

Tales pensamientos debieron cruzar por la mente de ambos señores, porque uno de ellos, sacando finalmente un bolsillo, lo entregó al agresor.

Este, con mano trémula, lo abrió: sacó una pieza de cinco francos, y entregó el resto al caballero retirándose con precipitacion.

Al recibir el bolsillo, se habia caido el puñal.

Recogiéronlo los caballeros y se pusieron á seguir á su hombre á buen paso, procurando no ser descubiertos.

Despues de recorrer á buen paso un dédalo de callejuelas, el hombre penetró en una casa por cuya entornada puerta escapaba un rayo de luz. Salió pocos momentos despues con un bulto en la mano. Al pasar los caballeros por delante de la casa que ya se estaba cerrando, tuvieron tiempo de reparar que era una panaderia.

Poco despues el hombre entró en una farmacia, salió, y á las dos calles mas recorridas penetró en una mezquina vivienda, cuya puerta se cerró tras él.

Los caballeros dejaron pasar algunos instantes, y llamando luego á un sereno, y dándosele á conocer, le dijeron:

—Tenemos necesidad de entrar aquí. Y acompañaron sus palabras con una pieza de cinco francos. El sereno abrió la puerta.

Penetraron en oscuro zaguan, subieron una destartalada escalera, y pronto se detuvieron ante una puerta entornada por la que escapa con trabajo una luz moribunda.

Penetraron en la habitacion. ¡Que horroroso espectáculo!

En un rincon, tendida casi en el suelo porque el jergon miserable en que se reclinaba no podia llamarse lecho, habia una mujer cuyos ojos brillantes, color cadavérico y respiracion anhelante anunciaban una fiebre arraigada y peligrosa: una enfermedad tal vez de muerte. A los piés de la cama, tres criaturas, la mayor de las cuales contaria ocho años, devoraban con ansia el pan que su padre les acababa de traer.

Este en el rincon opuesto, y acurrucado á la sombra, permanecia en la mas completa inmovilidad, como insensible á cuanto sucedia en su alrededor, apoyados los codos en las rodillas, y apretada la cabeza entre las manos.

¡Qué pensamientos lúgubres nublarian la mente de aquel hombre! Qué termenta horrible estaria conturbando el fondo de su alma!

Llegaron los caballeros al pié del lecho. Nadie habia notado su presencia.

Ya se disponian á pulsar á la mujer, cuya mirada se habia fijado en ellos tenazmente, pero sin espresion ninguna, como sí fuera la mirada de un cadáver, cuando el hombre levantó la cabeza y los vió.

Irguióse aterrado, separó el pelo de la

frente, enjugó el sudor que por ella corria aunque apenas habia empezado la primavera y el calor estaba muy lejos de dejarse sentir todavía, y antes que ellos pudiesen impedirlo, el hombre del puente, pues el mismo era, se arrojó á sus piés gritando y llorando á un tiempo.

—¡Perdon! ¡perdon! no soy un criminal: mis hijos no habian comido en dos dias, mi mujer está moribunda, y yo no tengo trabajo.

Era tal el acento de aquel infeliz, que se agolparon las lágrimas á los ojos de aquellos señores, y mas cuando los niños, al oir á su padre y reparar en la escena se arrodillaron tambien á sus piés, y tendiendo hácia ellos sus manecitas cruzadas, y llorando.

Levantáronlos con dulzura y los abrazaron.

Uno de ellos dijo:

"No tenga usted temor ninguno, hermano nuestro. Lo hemos conocido y adivinado: por eso estamos aquí. Preguntáronle á continuacion sus infortunios.

El invierno habia sido terrible. Hacia cinco meses faltaba absolutamente el trabajo para su mujer y para él. Poco á poco fueron consumiendo sus miserables ahorros: despues empeñaron lo mejorcito que tenian, despues mal vendieron lo restante: la esposa, enferma gravemente por la misma escitacion angustiosa de su ánimo desfallecido en aquella horrenda lucha. La pobreza era general, las casas de caridad muy solicitadas, y su ingreso en ellas dificilísimo.

¡Cómo reproducir aquel horroroso poema de penalidades!

Finalmente, el hombre que habia probado á mendigar sin conseguir que la palabra brotase de los lábios sino ininteligible y ronca como un quejido, una vez que ya la exhaló con bastante claridad y dulzura, porque aquel era el segundo dia que no comian sus hijos... no recibió respuesta.

El solicitado pasó de largo, repitió la tentativa y recibió una contestacion glacial: un ¡perdone, hermano! mas fino que la hoja acerada de un puñal. Aun tuvo valor, sin embargo, para la tercera prueba, y entonces recibió una brutal respuesta.

Aguardó la noche... ¡que tarde horrible! Qué momento el del puente... allí estuvo tres horas.... muchos pasaron y no se atrevió.

Cuando pronunció la frase del ladron ¡*La bolsa ó la vida*! el corazon honrado de aquel hombre estalló de terror pánico, y figurósele que por sus lábios acababa de pasar una barra candente.

Pero con qué ingenuidad, con qué poesía, con la poesía natural, tosca, espontánea, aunque conmovedora y elocuente como lo es la verdad sencilla, contaba el hijo del trabajo su epopeya!

Escusado es decir que los buenos caballeros calmaron su agitacion: pusieron en sus manos cuanto tenian, alentaron con delicados consuelos su esfuerzo abatido, se encargaron de la enferma, y mas adelante procuraron quehacer al infeliz, desheredado de la fortuna.

Y bien: supóngase que como encontró dos almas nobles, hubiera tropezado con dos indiferentes. El primer paso en el camino del crimen, estaba dado.

Agotados los primeros recursos hubiera repetido la tentativa, y así como el criminal de profesion tiene ya práctica en su modo de vivir y suele eludir la accion de la justicia humana, el hombre honrado que tiene un momento de perturbacion moral, es acompañado hasta en el crímen por su fatalidad.

En una de las primeras tentativas, tal vez en la primera de todas, hubiera sido reducido á prision, y allá en la cárcel confundido con empedernidos criminales, hubiera respirado la atmósfera del vicio, hubiera ido olvidando, como sucede siempre, las tradiciones de su vida pasada, toda laboriosa y digna, se hubiera familiarizado con el lenguaje que desprecia el trabajo, con los pensamientos que maldicen del órden social, con las ideas que protestan contra todo lo virtuoso, contra todo deber, contra todo sufrimiento, su corazon se hubiera ido petrificando poco á poco y al abandonar aquel antro cavernoso, el que entró puro y tímido, sale enfangado y lleno de osadía: el que entró cobarde para el cri-

men y solo perturbado por el hambre, por la necesidad de un momento, sale valiente contra la virtud, y perturbado por el ódio naciente contra la sociedad á quien desde entonces acusa de sus contratiempos, de su martirio; el que entró con el alma blanca, sale con el alma negra.

¡Oh, qué escuela mas horrorosa es una cárcel!

¿Por qué no decirlo? De una gran parte de los crímenes que conturban hondamente la armonía social, no se pudiera culpar á la sociedad misma?

¿No abandona la sociedad como si madre desnaturalizada fuera á muchos de sus hijos?

Y cuenta que no debemos tratar ahora de los defectos de la educacion popular, aun dado y decantado el moderno progreso, educacion de que aun carecen muchas masas de séres inteligentes, pero necesitados en todas y cada una de las modernas naciones, empezando por la mas culta y acabando por la mas atrasada.

Ha dicho un escritor célebre: «educad á los pueblos como á los hombres; porque si los abandonais como á las fieras, con fieras os las tendreis que haber.»

La educacion, en efecto, forma el corazon de un hombre y el corazon de un pueblo: si esta educacion no es completa, asídua y celosa, ¿cómo se responderá del porvenir? Si el labrador no vela su sembrado, y con cotidiana solicitud no lo elabora, ¿qué fruto, que cosecha debe esperar recoger?

Pero dejando aparte, como hemos dicho, la educacion ¿cómo atiende la sociedad á otras necesidades?

¿Cómo atienden los hijos mimados de la fortuna, y los poderosos, á los hijos del trabajo y á los desheredados del poder?

Se dirá que se estudian estas cuestiones hoy mas que nunca, y que algo se vá haciendo en este sentido, que algo se progresa.

Es cierto: pero se hace poco, muy poco, cuando debiera y pudiera hacerse mas, mucho mas.

En lugar de asustarse los privilegiados del talento, del poder y de la fortuna de ciertas confesiones que la armonía social trae consigo, de ciertos lógicos principios que la armonía social arroja, en lugar de escandalizarse de las conclusiones que nos trae á la corta ó la larga cierto problema que se viene planteando en la historia de poco tiempo á esta parte, escándalo nada sincero, sino sobradamente hipócrita, porque en el fondo de esas mismas conciencias ilustradas, hay algo que grita *esos que yo combato en mí interés tienen razon*, como en el fondo de la conciencia del antiguo paganismo en lucha con el dogma cristiano resonaba una voz que decia: *la que vanamente quiero destruir en los suplicios, es la verdad;* en lugar, pues, de asustarse ó escandalizarse, esas interesadas conciencias vengan con nosotros, reconozcan con nosotros que solo falta una hora de sinceridad, un momento de nobleza, y la armonía social tan suspirada es un hecho, la sociedad se salva, y el lábaro de Constantino aparece de nuevo entre nubes de nácar y de rosa para cambiar la faz del mundo todo.

Pero si no se ha progresado mas en este terreno es porque se han limitado los pensadores á la esfera de los hechos materiales, es porque gobernantes y gobernados no han visto en esto mas que perturbaciones del dia y del momento, y no han querido sondear la causa no muy remota de estas perturbaciones.

Si el espíritu de secta no hubiese bastardeado los principios del Evangelio, el mejor código de Gobierno y la mejor luz de la conciencia que la humanidad ha recibido: si el espíritu de secta no hubiese introducido en la ley de caridad él mismo mezquino límite, no le hubiese dado la misma pobre interpretacion que el egoismo esclusivista de los hombres da aun á las ideas mas grandes y elevadas haciéndolas impracticables ó retardando sus frutos, la caridad seria una verdad; la caridad se entenderia como debe entenderse: seria el foco lucido donde converjen los rayos solares del amor y la justicia, seria la antorcha que iluminase la senda de los deberes, seria el apretado lazo que hermanase á todos los peregrinos de la vida, y muchos de los absurdos, muchas de las injusticias, casi todas las aberraciones

que hoy lamentamos, há mucho tiempo hubieran desaparecido.

Lo probaremos.

(De *La Revelacion*, Buenos-Aires.)

DISCURSO DE VICTOR HUGO.

Hoy hace cien años que murió un hombre. Murió inmortal. Se fué abrumado de años, abrumado de obras, abrumado de la mas ilustre y de la mas terrible de las responsabilidades; la responsabilidad de la conciencia humana, advertida y rectificada. Se fué maldecido y bendecido; maldecido por el pasado, bendecido por lo porvenir, y estas son, señores, las dos formas soberbias de la gloria.

Tenia en su lecho de muerte, de un lado la aclamacion de los contemporáneos y de la posteridad; del otro los gritos y los odios que el implacable pasado prodiga á los que lo han combatido. Voltaire era mas que un hombre, era un siglo. Ejerció una funcion y llenó una mision. Fué indudablemente elegido, para la obra que realizó por la suprema voluntad que se manifiesta tan visiblemente en las leyes del destino como en las leyes de la naturaleza. Los ochenta y cuatro años que este hombre ha vivido, ocupan el intérvalo que separa la monarquía en su apogeo de la revolucion en su aurora. Cuando nació, Luis XIV: reinaba aun; cuando murió, reinaba ya Luis XVI; de suerte, que su cuna pudo ver los últimos rayos del gran trono, y su sepulcro los primeros resplandores del gran abismo. (*Aplausos.*)

Antes de pasar mas adelante, entendámonos, señores, sobre la palabra abismo, hay abismos buenos: son aquellos en que se hunde el mal. (*Bravos.*)

Señores, puesto que me he interrumpido, perdonadme que complete mi pensamiento Ninguna palabra imprudente será pronunciada aquí. Nosotros hemos venido aquí para hacer un acto de civilizacion. Nosotros estamos aquí, para hacer la afirmacion del progreso, para darrecibo á los filósofos de los beneficios de la filosofía, para ofrecer al siglo XVIII el testimonio del sigloXIX, para honrar sus magnánimos combatientes y sus buenos servidores, para felicitar el noble esfuerzo de los pueblos, la ciencia, la industria, su valiente marcha hácia adelante, el trabajo para aumentar la concordia humana: en una palabra, para glorificar la paz esta sublime voluntad universal. La paz es la virtud de la civilizacion; la guerra es el crimen. (*Aplausos.*) Nosotros estamos aquí en este gran momento, en esta hora solemne, para inclinarnos religiosamente ante la ley moral, y para decir al mundo que escucha á la Francia, no hay mas que un poder, la conciencia al servicio de la justicia; no hay mas que una gloria, el genio al servicio de la verdad. (*Movimiento.*)

Dicho esto, continúo:

Antes de la revolucion, señores la construccion social era la siguiente:

Abajo el pueblo.

Por cima del pueblo, la religion representada por el clero; al lado de la religion, la justicia representada por la magistratura.

Y en este momento de la sociedad humana, ¿qué era el pueblo? La ignorancia. ¿Qué era la religion? La intolerancia. ¿Qué era la justicia? La injusticia.

¿Voy demasiado lejos con mis palabras? Juzgad.

Me limitaré á citar dos hechos; pero serán decisivos.

En Toulouse, el 13 de Octubre de 1761, se encuentra en el piso bajo de una casa, un jóven colgado. La muchedumbre se agolpa, el clero fulmina, la magistratura informa.

Es un suicidio y se hace de él un asesinato.—¿En interés de qué? En interés de la religion. ¿A quién se acusa? Al padre. Es un hugonote y ha querido impedir á su hijo hacerse católico. Hay monstruosidad moral é imposibilidad material; ¡no importa! Ese padre ha matado á su hijo; ese vicio ha colgado al jóven. La justicia trabaja, y hé aquí el desenlace.

El 9 de Marzo de 1762, un hombre de cabellos blancos, Juan Calas, es conducido á la plaza pública, le desnudan y lo tienden sobre una rueda, le atan fuertemente dejando la cabeza pendiente y sin apoyo. Tres hombres lo acompañan sobre el cadalso, un regidor llamado David, encargado de vigilar el suplicio; un cura que sostiene un crucifijo y el verdugo con una barra de hierro en la mano. El paciente, estupefacto y terrible, no mira al cura, mira al verdugo. El verdugo levanta la barra de hierro y le rompe un brazo. El paciente ruge y se desvanece. El regidor se apresura, hace respirar sales al condenado y lo vuelven á la vida; entonces nuevo golpe de barra, nuevo rugido. Calas pierde el conocimiento: vuelven á reanimarlo, y el verdugo recomienza; y como cada miembro debia ser roto por

dos partes, recibe dos golpes en cada uno y esto hace ocho suplicios. Despues del octavo desvanecimiento, el cura le ofrece á besar el crucifijo, Calas vuelve la cabeza, y el verdugo le dá el golpe de gracia; es decir, le destroza el pecho con la barra de hierro. Así espiró Juan Calas. Esto duró dos horas. Despues de su muerte apareció la evidencia del suicidio. Pero se cometió un asesinato. ¿Por quién? Por los jueces. (*Viva sensacion. Aplausos.*)

Otro hecho. Despues del viejo, el jóven. Tres años mas tarde, en 1765, en Abbeville, al siguiente dia de una noche tempestuosa y de gran viento, encuéntrase en el suelo de un puente una vieja cruz de madera que hacia tres siglos venia enclavada sobre una de las barandas. ¿Quién ha derribado la cruz? ¿Quién ha cometido este sacrilegio? No se sabe. Puede que un viajero, quizás el viento. ¿Quién es el culpable? El obispo de Amiens lanza un monitorio: es una órden á todos los fieles para que digan, bajo pena de infierno, lo que sepan ó crean saber sobre tal hecho; intimidacion mortal del fanatismo á la ignorancia. El monitorio del obispo de Amiens opera; el crecimiento de las suposiciones toma las proporciones de la denunciacion. La justica descubre, ó crée descubrir que durante la noche en que el crucifijo fué derribado, dos hombres, dos oficiales, llamados uno Labarre, d'Etallonde el otro, han pasado sobre el puente de Abbeville, que estaban borrachos y que habian entonado una cancion de cuerpo de guardia. El tribunal es la senescalia de Abbeville. Los senescales de Abbeville son dignos de los regidores de Tolosa. No son menos justos. Se expiden dos mandamientos de arresto. D'Etallonde escapa; Labarre es detenido. Lo entregan á la instruccion judicial. Labarre niega haber pasado por el puente; confiesa haber entonado la cancion. La senescalía de Abbeville le condena. Labarre apela de la sentencia al Parlamento de Paris. Lo conducen á Paris; se encuentra buena la sentencia, y el Parlamento la confirma Labarre es conducido á Abbeville cargado de hierro. Yo concreto. La hora monstruosa llega. Comienza por someter al caballero Labarre á las preguntas ordinarias y extraordinarias, para hacerle confesar sus cómplices; ¿cómplices de qué? De haber pasado sobre un puente, y de haber entonado una cancion. En la tortura le rompen una rodilla; el confesor, al ruido de los huesos que se pulverizan, se desvanece; al siguiente dia, el 5 de Junio de 1766, conducen á Labarre á la gran plaza de Abbeville, donde brilla una hoguera ardiendo; léenle la sentencia; despues le cortan la muñeca; luego le arrancan la lengua con unas tenazas de hierro, y por último, por compasion, le cortan la cabeza, que lanzan en la hoguera. Así murió el caballero Labarre. Tenia diez y nueve años. (*Larga y profunda sensacion*).

Entonces, ¡oh Voltaire! tú lanzastes un grito de horror, y esta será tu gloria eterna. (*Aplausos repetidos.*) Entonces, ¡oh Voltaire! tú comenzastes el horrible proceso del pasado; tú defendistes contra los tiranos y los mónstruos la causa del género humano, y tú la ganastes, ¡Gran hombre, sé por siempre bendecido! (*Nuevos aplausos.*)

Señores: las cosas horribles que acabo de recordar cumplíanse en el seno de una sociedad distinguida; era la vida alegre y ligera; nadie miraba ni abajo ni arriba de sí mismo; rayaba la indiferencia en la insensibilidad; los poetas graciosos, Saint-Aularie, Buffleurs, Gentil-Bernad, hacian bonitos versos; la corte estaba rodeada de fiestas, Versalles deslumbraba, Paris ignoraba, y entretanto, por ferocidad religiosa, los jueces hacian espirar un viejo sobre la rueda, y arracaban los curas la lengua á un niño por una cancion. (*Viva emocion.*)

En presencia de esta sociedad frívola y lúgubre, Voltaire, solo, teniendo allí, á su vista, reunidas todas las fuerzas, la corte, la nobleza, la banca, este poder inconsciente, la ciega multitud, esta aterradora magistratura, tan pesada para los esclavos, tan dócil para el dueño, aplastando y adulando, de rodillas sobre el pueblo ante el rey (*bravos*); ese clero, siniestra mezcla de hipocresía y de fanatismo; Voltaire, solo, repito, declaró la guerra á esa coalicion de todas las iniquidades sociales, á ese mundo enorme y terrible, y aceptó la batalla. ¿Y cuál era su arma? Aquella que tiene la ligereza del aire y el poder del rayo. Una pluma. (*Aplausos.*)

Con esta arma combatió; con esta arma venció.

Señores saludemos su memoria.

Él ha vencido el viejo código y viejo dogma. Ha vencido al señor feudal, al juez gótico, al cura romano. Ha levantado el populacho á la altura del pueblo. Ha enseñado, pacificado, civilizado. Ha combatido por Sirven y Montbailly, como por Calas y Labarre: aceptó todas las amenazas, todas las persecuciones, la calumnia, el destierro. Ha sido infatigable y tambien inquebrantable. Ha vencido la violencia por la sonrisa, el despotismo por el sarcasmo, la in-

fabilidad por la ironía, la terquedad por la perseverancia, la ignorancia por la verdad.

Acabo de pronunciar una palabra, la sonrisa. Yo me detengo. La sonrisa es Voltaire.

Digámoslo, señores, puesto que el apaciguamiento es la gran gloria del filósofo; en Voltaire, el equilibrio acaba siempre por restablecerse. Sea cualquiera su cólera, ella pasa, y Voltaire irritado desaparece siempre ante Voltaire dulce. Entonces en su mirar profundo la sonrisa aparece.

Esta sonrisa es la sabiduría. Esta sonrisa es Voltaire. La sonrisa llega algunas veces hasta el reir; pero constantemente atemperada por la tristeza filosófica. Contra los grandes la burla, para los pequeños la piedad. Su sonrisa ha tenido claridades de aurora. Siendo luminosa, su sonrisa ha sido fecunda. La nueva sociedad, el deseo de igualdad y de concesiones, y ese principio de fraternidad que se llama tolerancia, la razon reconocida ley suprema, la destruccion de las preocupaciones, la serenidad de las almas, el espíritu de indulgencia y de perdon, la armonía, la paz, hé aquí lo que ha brotado de su sonrisa.

El dia, cercano sin ninguna duda, en que sea reconocida la identidad de la sabiduría y de la clemencia, el dia en que la amnistía sea proclamada, yo lo afirmo; allá en lo alto, en las estrellas, Voltaire sonreirá. *(aplausos repetidos, gritos de viva la ämnistía.)*

Señores, hay entre dos servidores de la humanidad que han aparecido con diez y ocho siglos de intervalo, una misteriosa relacion.

Combatir el farisaismo, desenmascarar la impostura, sepultar las tiranías, las usurpaciones, las supersticiones, destruir los templos, restableciendo á lo falso lo verdadero; atacar la magistratura feroz, el sacerdocio sanguinario; tomar un látigo y expulsar á los mercaderes del santuario; reclamar la herencia de los desheredados; proteger los débiles, los pobres, los enfermos; luchar por los oprimidos y por los perseguidos, es la guerra de Jesucristo. ¿Y cuál es el hombre que hace esta guerra? Es Voltaire.

La obra evangélica tiene por complemento la obra filosófica. El espíritu de mansedumbre ha comenzado; el espíritu de tolerancia le ha seguido: digámoslo con un sentimiento de profundo respeto: Jesus ha llorado, Voltaire ha sonreido, y de aquella lágrima divina y de esta sonrisa humana, se ha hecho la dulzura de la civilizacion actual. *(Aplausos prolongados).*

Jamas ningun sabio intentará quebrantar esos dos augustos puntos de apoyo de la labor social, la justicia y la esperanza; y todos respetarán al juez si encauza la justicia; y todos venerarán al sacerdote si representa la esperanza. Pero si la magistratura se llama la tortura, si la Iglesia se llama la Inquisicion, entonces la humanidad las mira de frente y dice al juez: «¡yo no quiero tu ley!» y dice al sacerdote: «¡yo no quiero tu dogma; yo no quiero tu verdugo en la tierra y tu infierno en el cielo!» *(Viva sensacion, aplausos).*

Y entonces la filosofía se presenta acusadora y denuncia el juez á la justicia, y denuncia el cura á Dios. *(Aplausos prolongados).*

Esto es lo que ha hecho Voltaire. Por esto es grande. Lo que ha sido Voltaire ya lo he dicho; voy á decir lo que ha sido su siglo.

Señores: los grandes hombres vienen raramente solos. Los grandes árboles parecen mas grandes cuando dominan un bosque; el bosque que rodea á Voltaire es el siglo XVIII. Entre los grandes hombres de este siglo, hay dos mas altos que Mostesquieu, Buffon, Beaumarchais, menos grandes que Voltaire: Rousseau y Diderot. Estos pensadores han enseñado á los hombres á razonar; la justicia en la inteligencia viene á ser la justicia en el corazon. Estos obreros del progreso han trabajado bien. Buffon fundó el naturalismo; Beaumarchais, una comedia desconocida á Moliére, casi la comedia social; Mostesquieu ha profundizado tanto en las leyes que ha exhumado de entre sus hojas el derecho; Diderot ha creado la Enciclopedia; Rousseau, escritor elocuente y político, profundo soñador, ha adivinado muchas veces la verdad política. En Rousseau vibra la fé cívica; lo que vibra en Voltaire es la fibra universal. Así puede decirse que en este fecundo siglo XVIII, Rousseau representa el pueblo; Voltaire mas vasto aún representa el hombre. Estos poderosos escritores han desaparecido; pero nos han dejado su alma, la Revolucion. *(Aplausos.)*

Sí; la Revolucion francesa es su alma. En esa trasparencia, que es propia de las revoluciones, y que á traves de las causas deja ver los efectos, se ve detrás de Diderot, Danton; tras de Rousseau, Robespierre; tras de Voltaire, Mirabeau. Estos han sido hechos por aquellos.

Señores; resumir las épocas en nombres de hombres, nombrar los siglos, hacer de ellos una especie de personaje humano, esto no ha sido permitido mas que á tres pueblos: la Gre-

cia, la Italia, la Francia. Se dice el siglo de Pericles, el siglo de Augusto, el siglo de Leon X, el siglo de Luis XIV, el siglo de Voltaire. Estas apelaciones tienen un gran sentido. Hasta Voltaire han sido nombres de jefes de Estado. Voltaire es mas que un jefe de Estado, es un jefe de ideas. Y en esto se siente que en adelante el mas alto poder gubernamental del género humano será el pensamiento. La civilizacion obedecia á la fuerza; ella obedecerá al ideal. La autoridad trasfigurada en libertad. ¡No mas soberanía que la ley para el pueblo y la conciencia para el individuo! Para cada uno de nosotros los dos aspectos del progreso; ejercer el derecho, es decir, ser hombre; cumplir el deber, es decir, ser ciudadano. Tal es la significacion de esta palabra, siglo de Voltaire; tal es el sentido de ese supremo acontecimiento, la Revolucion francesa.

Esta significacion venia preparada por los dos siglos que precedieron á Voltaire; Rabelais advirtió á la monarquía en Gargantua, y Moliere advirtió á la Iglesia en Tartuffe. El ódio de la fuerza y el respeto del derecho son visibles en estos dos ilustres espíritus.

Si alguien dice en nuestros dias: *la force prime le droit,* hace profesion de fé de la edad media y habla á hombres de hace trescientos años. *(Prolongados aplausos.)*

Señores; mi última palabra será la afirmacion tranquila, pero inflexible, del progreso.

Los tiempos son llegados. El derecho ha encontrado su fórmula. Hoy la fuerza se llama la violencia, y comienza á ser juzgada. La civilizacion, cediendo á los clamoreos del género humano, instruye el proceso criminal de los conquistadores. *(Movimiento.)* En muchos casos el héroe no es otra cosa que una variedad del asesino. *(Aplausos.)* Los pueblos han llegado á comprender que el engrandecimiento de la maldad no puede constituir su disminucion. Si matar es un crímen, matar mucho no puede ser la circunstancia atenuante; *(risas y bravos)* si robar es una vergüenza, invadir un pueblo no podrá ser una gloria. *(Aplausos repetidos.)* Los *Te-Deums* no hacen ya gran efecto y no podrán impedir en adelante que el homicidio sea homicidio; y no importa nada llamarse César ó Napoleon, por que á los ojos del Dios eterno no se cambia la figura del asesino aunque se ponga sobre su cabeza en lugar del gorro del presidario, una corona de emperador. *(Aclamaciones repetidas. El público se levanta, agitando las señoras los pañuelos; durante algunos minutos el orador no puede seguir el hilo de su discurso.)*

¡Ah proclamemos las verdades absolutas. Deshonremos la guerra. No; la gloria sangrienta no es gloria. No; no es bueno, ni útil, ni humanitario matar los hombres. No; ¡oh, madres que me rodeais! no puede ser que la guerra continúe arrebatándoos vuestros hijos. No; no puede ser que la mujer reproduzca por el dolor, que los hombres nazcan, que trabajen los pueblos y siembren, que los aldeanos fertilicen los campos con su sudor y que el obrero fecunde las ciudades, que mediten los pensadores, que realice maravillas la industria, que haga el genio prodigios, que la vasta actividad humana multiplique, en presencia del cielo cubierto de estrellas, los esfuerzos y las creaciones, para llegar á esa horrorosa exposicion internacional que se llama un campo de batalla. *(Aplausos durante cinco minutos.)*

El verdadero campo de batalla, la verdadera victoria es la reunion del trabajo humano con que hoy se ofrece París al mundo. *(Aplausos.)*

¡Ay! no podemos disimularnos que la hora actual, digna como ella es de admiracion y de respeto, tiene aun sus lados fúnebres; está en el horizonte lleno de celajes; la tragedia de los pueblos no ha concluido todavía. La guerra, la funesta guerra, tiene la audacia de levantar la cabeza á traves de esta fiesta augusta de la paz. Hace dos años que los príncipes y los reyes se obstruian en un contrasentido funesto; su discordia es un obstáculo para la concordia de los pueblos y están ciertamente mal inspirados cuando nos condenan á la afirmacion de semejante hecho.

Que este contraste de los reyes marchando hácia la guerra y de los pueblos caminando hácia la paz, convierta nuestra memoria á Voltaire. Volvámonos hácia ese gran muerto, hácia ese gran espíritu. Inclinémonos ante los sepulcros venerables. Pidamos consejo á aquel cuya vida, útil á los hombres, se ha estinguido hace cien años, pero que ha realizado una obra inmortal. Pidamos tambien consejo á los otros inmortales pensadores, á los auxiliares de este glorioso Voltaire, á Rosseau, á Diderot, á Montesquieu. Concedamos la palabra á esas grandes voces. Detengamos la efusion de sangre humana, ¡Basta, basta! ¡Déspotas! ¡Ah! la barbarie persiste; pues bien, que la filosofía proteste.

Los filósofos, nuestros predecesores, son los apóstoles de la verdad. Invoquemos sus ilustres sombras; que delante de las monarquías, soñando la guerra, ellos proclamen el derecho del hombre á la vida, el derecho de la conciencia á la libertad, la soberanía de la razon; la santidad del trabajo, la bondad de la paz, y puesto que la noche sale de los tronos, que salga la luz de las tumbas. *(Aclamaciones unánimes y prolongadas. Repetidos vivas á Victor Hugo, á la República, á Francia.)*

A ROSA GLORIA.

I.

Niña querida: Tengo contraida una deuda contigo; hace más de un año que apareciste en la tierra y que uno de los miembros de tu familia, dominado por dos grandes sentimientos, el cariño hácia ti, y la benevolencia hácia mí, me escribió diciéndome:

«Amiga mia; un nuevo ser reclama en este mundo tu afecto y tus consejos; dile tu, por medio de tus escritos, el régimen de vida que ha de observar para ser buena hija, esposa amante, hermana cariñosa, fiel amiga y madre modelo por su tacto, y su adoracion.»

Yo leí aquellas líneas y me sonreí con esa sonrisa compasiva con que aceptamos las pruebas de dulce confianza, que nos dán nuestros amigos. A todos los séres de la tierra nos alhaga ser distinguidos y favorecidos por cierta consideracion social, pero cuando nos conocemos un poco, compadecemos al que nos distingue y á nosotros mismos.

¡Aconsejar!.... ¡marcar un derrotero al barco llamado hombre, cuyo timonel es el espíritu! es una empresa harto difícil; que mal puede convertirse en maestro quien no ha sabido serlo de sí mismo; así es que nosotros hemos tenido en esta ocasion, (quizá por vez primera) la virtud de la prudencia, y hemos enmudecido sin dirigirte nuestro pensamiento traducido en palabras; mas una circunstancia, mejor dicho, una impresion agradable nos ha hecho pensar en ti, y dejándonos llevar de nuestros recuerdos, vamos á hablar contigo. Escúchanos pues, niña querida; no es un consejo lo que vamos á darte, queremos únicamente participarte lo que hemos sentido algunas veces en nuestra vida.

Cuando nos sonreia la infancia y más tarde nos acariciaba la juventud, sentiamos un vehementísimo deseo de contemplar el mar, y en alas de nuestro afan llegamos un dia de invierno á Cádiz, una de las más bellas ciudades de Andalucía. El sol brillaba con todo su esplendor, el cielo ostentaba su manto de gasa azul, y el mar de un color plomizo atrajo tan poderosamente nuestra atencion, que nos quedamos contemplándole sintiendo una especie de estupor, un anonadamiento indescriptible; tanta grandeza, tanta majestad superaba á todos nuestros sueños.

Dice Shakespeare «que desprecio merece aquel cuya alma no se remonta más que el vuelo del pájaro» y nosotros, no queriendo pertenecer á esa clase de almas, siempre hemos soñado con un más allá; así es que despues de haber visto el mar, quisimos vivir por algunos dias en una de sus casas flotantes, y pusimos en práctica nuestro proyecto.

La primera noche que pasamos en el vapor *Tharsis* no se borrará nunca de nuestra memoria. Si hay algo que en la tierra se asemeje al infinito, es el mar y la atmósfera; es la contemplacion de los mundos que á traves de distancias inconmensurables nos envian la sonrisa luminosa. Para aquel que va cruzado.

Este valle de amargura
Para la débil criatura
Fatigada de luchar..,
Viendo ese abismo insondable
Crée de Dios la existencia,
Y adora su omnipotencia
Ante las olas del mar.

Si, aquellas olas fosforescentes, llenas de vida, que murmuraban en nuestro oido algo, algo, que nos hizo esclamar:

¡Cuánto dicen esas olas,
Que eternamente impelidas,
Se estrellan embravecidas,
Repitiendo no se qué...

¿Sereis quizá los gemidos
De fantásticas legiones?
¿Habrá otras generaciones
que nos cuenten lo que fué?...

La contemplacion de una noche de luna en el mar eleva al espíritu á una altura tan gigantesca, que, por mucho que luego quiera descender, siempre está más cerca de la inmensidad del espacio que del negro abismo de la tierra.

II.

Asegura un diplomático moderno, que la palabra ha sido concedida al hombre para disfrazar su pensamiento: en cierto modo estamos conformes, por que nunca el lenguaje humano espresa fielmente todo lo que sentimos; pero como en este planeta no puede aun ponerse en práctica la telegrafía del pensamiento, de ahí que apreciemos en mucho la palabra, por que para nosotros es la música de las ideas; y nos causó gran sensacion la primera vez que asistimos á una de esas reuniones en que una inmensa multitud estaba escuchando anhelante el discurso de un gran orador.

Nada más hermoso, más conmevedor, ni más elocuente que esas grandes agrupaciones de almas entusiastas, donde la persuacion de un hombre hace latir los corazones unisónos, fijándose todas las miradas en un solo punto; hermosa fotografía que representa en pequeño lo que será un dia la familia universal!

Nosotros en aquellos momentos nos creíamos trasportados á otro mundo mejor. Los certámenes de la industria tambien despiertan nuestro entusiasmo, y nos hacen mirar en lontananza nuevas sociedades regidas por el código de Cristo; pero últimamente hemos sentido una impresion que ha superado á todas las que han agitado nuestra vida y ¿quién lo creyera? No era el mar con sus montañas de espuma, no era la cordillera de los Alpes, no era un pueblo dominado por la voz de un genio lo que ha conseguido despertar nuestra atencion y hacernos sentir algo puro y sonriente. No; cuadro más humilde y más escondido ha hecho latir nuestro corazon: escúchanos, Rosa Gloria.

III.

Un jóven matrimonio, que nos distingue con su amistad, nos invitó hace algunos dias á pasar la tarde con ellos: si se considera bien, nada más risueño que una casita recien puesta, cuyos moradores guardan entre si ciertas consideraciones y coqueterías de muy buen gusto, en particular la muger que entra como soberana de aquel pequeño reino, y si es pobre, si tiene que ocuparse en las faenas domésticas, entonces es cuando pone de relieve su actividad, su gracia, su buen juicio, entonces es cuando se presenta con todos los atributos que tanto la embellecen; porque la muger es la poesía de la vida, es la nota cadenciosa que repite siempre un himno de amor; por esto la jóven recien casada es un libro en blanco en el cual ella misma va escribiendo su historia, y nada más dulce que el prólogo de ese volúmen; pero dejaremos las digresiones y vamos á referir lo que nos impresionó.

Recorrimos la casa de nuestros amigos, con esa alegre curiosidad del que sonrie en la dicha agena, y sin saber por qué, nos detuvimos en un cuartito pequeño y nos sentamos para pensar mejor, para darnos cuenta de lo que sentiamos.

El aposento bastante reducido está decorado del modo siguiente. Las paredes, pintadas de un azul muy pálido, están adornadas con bonitos grabados, que representan paisages y vistas de templos y palacios, una pizarrita blanca con marco negro sirve de libro de memorias semanal, y una gran ventana, que dá á un terrado, presta una hermosa claridad á traves de sus cristales velados por un tinte blanquecino. El mobiliario es sumamente sencillo; una mesa grande cubierta de planos, compases, metros y escalas, á poca distancia una bonita máquina de coser, y tres sillas completan el mueblage, y sin embargo, á pesar de haber tan pocos objetos, hay allí todo lo necesario para ser feliz. Aquella mesa de estudio y aquella máquina de coser, dicen bien claramente, que sus dueños trabajan juntos, que no son incompatibles las matemáticas con las sencillas labores de la muger, cuando el hombre

considera á su esposa, y ésta se crée feliz á su lado.

Aquel pequeño cuartito consagrado al trabajo, es la página más elocuente de la felicidad íntima de la vida, y al contemplarle, sin esplicarme el por qué pensé en tí, Rosa Gloria, y rogué á Dios, que si permaneces en la tierra y te unes á un hombre, tengas en tu casa un aposento igual al que yo te describo.

Si; que Dios te conceda poder levantar ese oratorio donde tu alma medite adivinando los pensamientos de tu marido, entregándote al mismo tiempo al agradable entretenimiento de tus labores.

No acertábamos á salir de aquella habitacion, que parecia tener iman para nosotros; seguimos mirando y nos asaltó la idea de preguntarnos si en aquella mesa habria algun libro como complemento, como perfume, como incienso de aquella capillita del trabajo; rebuscamos entre los papeles y encontramos la filosofía de Allan Kardec; entonces algo tibio afluyó á nuestros ojos y murmuramos con profunda ternura:

¡Kardec! recoje en esta humilde casa, y especialmente en este pequeño aposento las preciosas espigas que brotan de la semilla espírita que tú sembraste en el mundo. La union íntima de la familia es la piedra angular del Espiritismo, doctrina eminentemente racional, que enlaza á los espíritus por medio del amor.

¿Verdad que tú vienes algunas veces y contemplas esta jóven pareja que emprende animosa su peregrinacion, que camina unida, pensando juntos, trabajando juntos, buscándole ella á él y él agradeciendo su ternura, sintiéndose satisfecho como el niño en los brazos de su madre? ¿No es verdad que tu los bendices y pides para ellos paz y amor? Si; tu debes acudir donde hay seres buenos; en este aposento se respira mejor, y es prueba evidente que debe estar inundado de benéficos fluidos, y quizá sean los tuyos su ambiente de salud.

Estos son los templos que tu quieres, Kardec, estos laboratorios del trabajo y de la unidad de ideas: dos espíritus unidos pueden proporcionarse la felicidad relativa á la tierra y ser un foco luminoso y carolífico que preste vida á cuantos espíritus estén en torno suyo. Sin la paz de la familia no puede soñarse con la paz universal.

¡Adios, pequeño cuartito! ¡Adios, oasis de la vida! ¡Adios, palmera del desierto! que tus actuales moradores vengan siempre á trabajar juntos, y que se aumente el mueblaje de esta pagoda del amor con los carritos y los caballos que usan los niños en su primera edad, entonces el padre dejará de hacer líneas para mirar á su hijo y sonreir con él, tanto, que su jóven madre coserá afanosa las galas de su pequeño.

IV.

¡Rosa Gloria querida! dejé por fin aquel nido; pero mi pensamiento sonrie con ternura á su recuerdo y quisiera, te lo repito, que si mañana estás entre nosotros, que levantes tu templo con esa capilla especial que tan grata impresion me ha causado. Con ese santuario del trabajo y del amor, y el mismo libro que perfuma esta estancia, que sea tu libro de meditacion; pues si la filosofía de Allan Kardec fuese bien comprendida, sería el tratado predilecto de las familias, porque en ese vólumen están las fuentes de la fraternidad universal.

Adios, niña querida! Al ver de cerca la felicidad que se puede gozar en la tierra, pensé en tí, y ruego al Ser Supremo que tu espíritu sea amante del progreso y del amor; por que solo las almas que le merecen, encuentran en la tierra esos lugares benditos donde poder levantar su tienda á la sombra del cariño, y junto á la fuente del trabajo.

Hemos visitado á los salones de varios palacios, contemplando con indiferiencia las ricas colgaduras de sus estrados, y la púrpura de sus régios tronos, y á la persona mas querida, le deseamos que sea dueña no del sólio real, sino de un pequeño aposento que se asemeje al cuartito del trabajo que tan dulce y tan consoladora impresion ha causado en nuestra mente.

Adios, Rosa Glora; que Dios te conceda en este mundo amar y ser amada, por que esta

la mayor felicidad que se puede tener en la tierra: que no trabajes sola, sino que al entregarte á tus labores, estén á tu lado tu marido y tus hijos, y al declinar la tarde, cuando eleves tu plegaria, bendigas á Dios y al espíritu de Allan Kardec, que ha sido uno de los grandes pacificadores que ha tenido la humanidad.

Amalia Domingo y Soler.

Poesía Medianímica

El dia de finados.

Hoy es el dia en que acuden
á conmemorar los muertos
enlutadas multitudes
en silencioso cortejo.
Hoy van al pié de las tumbas
en todos los cementerios
á colocar las guirnaldas
y los crespones de duelo
con que la vida á la muerte
paga un tributo de afecto.
¿Qué decir, sino que el cuadro,
que desde este mundo vemos,
conmueve profundamente
nuestro propio sentimiento?
Nos conmueve, sí, no tanto
porque amamos el recuerdo
que nos consagra el amor
de aquellos que han sido nuestros,
por los vínculos de sangre
de esa vida de destierro:
No tanto por lo que se ama
al que ha sido compañero
de infortunios y dolores,
que es un lazo tan estrecho;
sino porque en ese cuadro
nuestros ojos están viendo
mucho más de lo que pueden
ver por ahora los vuestros.
Vosotros solo podeis
mirar que entre todos esos
visitadores de tumbas
que van vestidos de negros
son pocos, quizá muy pocos
los que guardan en su pecho
siquiera algunos vestigios
de lo que ha sido su afecto.
Mirais que por unas gotas,
del llanto puro y sincero
despliega en cambio indolente
la frivolidad su vuelo,
y hace de un acto solemne
un acto profano y necio
convirtiendo los sepulcros
y sus cruces... en paseo.
Esto lo vereis vosotros,
más lo que nosotros vemos
y á vuestra vista se oculta
es un cuadro tan diverso,
que si á vislumbrar llegareis
algo de su fondo, el pecho
se os helaría de espanto
si no sois justos y buenos.
¿Cómo describir la escena
si apenas el pensamiento
puede abarcar el conjunto
conmovedor y tremendo
y apenas tiene el lenguaje
para describirlo acentos!
Oid. pues, y procurad
que de este cuadro siniestro
salga para vuestro espíritu
una leccion, un ejemplo,
que os haga recordar siempre
lo que vale en vuestro suelo
buscar siempre la virtud
y estudiar el bien y hacerlo.
En esa hilera de tumbas
donde está el signo supremo
del amor y el sacrificio,
la cruz del Cristo! ¿qué vemos?
¡Ah! desde el fondo de algunas
salen gemidos, lamentos;
de otros roncos rujidos
maldiciones, juramentos,
imputaciones horribles
y alaridos sin consuelo.
Os pareceria estar
en algun antro siniestro
donde encadenadas fieras
rugen en largo tormento
por el hambre y por la sed,
y donde hay al mismo tiempo
víctimas despedazadas
en horrorosos tormentos;
Veriais á muchas almas
asidas aún al cuerpo,
luchando por alentar
los inanimados restos,
abrazadas al cadáver
al impulso de un destello
de la esperanza de hallar
todavia un goce en ellos.
Vivieron encenagados
en la materia, vivieron
solo para los placeres
que les procuraba el cuerpo;
y, aún la pasion persiste
persiste el afan funesto
de pedir á esa materia
lo que daba en otro tiempo.
Tan olvidadas llegaron
á estar en el mundo vuestro
de la verdadera vida,
la vida del sentimiento.
Tan tenazmente adheridas
al goce sensual abyecto,
que hoy con desesperacion
se adhieren aún al cuerpo
pensando que no hay más goces
que los que de él consiguieron.
Imaginad si podeis,
el espantoso tormento
de un espíritu que cree

vivir la vida del cuerpo,
y siente el hambre y la sed
y los instintos y anhelo
de la vida material
sin poder satisfacerlos.
Imaginad esta angustia,
este formidable sueño
en que se sumerje el alma
como natural efecto
del hábito de una vida
toda de vicios, de cieno.
¡Ah! rogad, rogad á Dios
que envíe una luz del cielo
á despertar estas almas
de tan espantoso sueño!
Si las vierais.... allí están
los avaros maldiciendo
á sus hijos por el oro,
que gozan como herederos.
y acusando su indolencia
y reprochando el anhelo
con que esperaban su muerte
para apoderarse de ello.
Allí el egoista clama
y á todos pide consuelo
y auxilios para librarse
de su terrible tormento;
y encuentra en torno el vacío,
y encuentra en torno el silencio,
y sólo ve á los felices
pasar cantando á lo léjos.
Y hoy el dia de difuntos
ve entrar en el cementerio
á los que fueron sus hijos,
sus hermanos y sus deudos
y los llama y no le escuchan,
y quiere volar hácia ellos.
¡Y... nada! Está encadenado
en su solitario lecho;
y los maldice, maldice
con furor y con despecho
y en su soledad profunda
tiene rabia y tiene miedo.
Vierais allí al arrogante,
que mató á alguno en un duelo,
cómo se oculta temblando
en el fondo de su féretro
de la presencia implacable
de la víctima que el cielo,
le pone siempre á la vista
como acusador tremendo.
Quiere esconderse y huir
de su aterrador aspecto,
de esa mirada profunda,
que es como un dardo de acero
que le penetra hasta el fondo
y le hace sentir su hielo.
Y de ese pecho, que muestra
entre lívido y sangriento
la herida por donde el arma
rasgó el corazon entero....
¿A qué seguir? ¡Ah! ninguno
de vosotros, ni el más bueno
puede imaginar siquiera
cuánto han menester de ruegos
y caritativas obras
que les procuren consuelo
esas almas infelices
cautivas aún del cuerpo!
No, jamás cayó el rocio
sobre lábios más sedientos
y frentes más abrasadas
que lo que caería el ruego
sobre esos desventurados
espíritus prisioneros,
víctimas de la materia,
que fué todo para ellos.
Ante el terrible espectáculo
que de describiros vengo
luchad, pues, hermanos mios,
luchad para desprenderos
de la esclavitud del alma,
de los instintos abyectos,
y las mezquinas pasiones,
y los vicios con que el cuerpo
suele encadenar al hombre,
que habita ese oscuro suelo.
Y elevad al porvenir
vuestro corazon entero;
al porvenir magestuoso,
que aguarda á todos los buenos.
A las álas del espíritu
quitad poco á poco el peso
del lodo de las miserias,
que les impiden el vuelo
para poder remontarse
por los espacios etéreos
y sobre todos los mundos
hasta los pies del Eterno.

Luis Gonzaga.

(*Revista Espiritista*, Montevideo).

MISCELANEA.

Hasta cuando!—Continúa el silencio de *El Criterio*, que está formando opinion, despues de haber defendido con tan loco entusiasmo los milagros que hace el agua de San Ganelon; continúan los adeptos del baldado sus prácticas ridículas, sus sesiones *grandiosas*, sus comunicaciones *sublimes* con Cristo, San Agustin y otros espíritus elevadisimos, haciendo encarnar á los espíritus rebeldes, y sacando de la turbacion á millares de espíritus inferiores! Y sin embargo, callan, callan y siguen asiduos cometiendo las torpezas que hemos relatado y las que nos quedan por enumerar.

Es un centro compuesto de fanáticos que no ceden á la razon, porque ciñéndose á ella quedarian tales cuales son, desconocedores de lo que es el Espiritismo, mientras que, obrando como hoy, se reparten protectores altísimos por docenas, salvan espíritus á millares y curan en tal demasia, que la salud es repartida hasta el punto de no encontrarse un enfermo!

¡Oh potencia del fanatismo y de la ignorancia ¿Hasta cuando nos hará esperar *El Criterio*? ¿cuando nos mostrará aquella prueba plena?

Imprenta de Costa y Mira